

Comentario.-43
Cifrado en la Villa Adriana

La serie de poemas que contiene este título de Waldo Rojas (incluido, primero, en "Almenara"; Eds. Cordillera, Canadá, 1985 y luego en "Fuente Itálica", Ed. Universitaria, 1991) da testimonio de un desdoblamiento del sujeto poético. No se si ello sea una categoría literaria; bastará con verla como un ejercicio de mirada, "imagen rota de una imagen rota y rediviva". Para el autor las ruinas son un lugar literario; la fantástica imaginación del Emperador Adriano da impulsos a la imaginación de la escritura, que es una traducción del universo. Y como buena traducción que es, uno de los textos "presentados" se encuentra ausente. Así, "Cifrado en la Villa Adriana" es un texto poético fragmentado que trata de reconstruir desde el imaginario unas ruinas. Sin embargo, se plantea desde la precariedad de ese sujeto que se vuelve un fantasma: fragmento frente a fragmento. El hilo conductor es, pues, la mirada, la "visión": "No vienes a adueñar sino a ofrecer en prenda/ la mirada".

El discurso —lúcido de sí mismo— sabe que esos fragmentos (historia escrita, leyenda contada, presencia y escritura) no serían nada sino se los pusiera en relación con otros fragmentos (¿no es esa también la característica de los libros?). Hay en estos poemas un recorrido: las ruinas, el arco con la higuera "profanadora de la piedra, desdeñosa/ del abismo", la aridez que, creo yo, pone en jaque a la escritura misma: "Adonde florecían destinos campea ahora/ toda la opacidad de los olivos y su "traza" insolvente", para terminar en la sombra de la sombra: "Pacto de la noche y de las Ruinas:/ muros de sombra renacen tallados en la sombra./ Reviven los ecos de las defenestraciones". ¿Fin o fracaso abrupto de la empresa? Ni lo uno ni lo otro. Queda la escritura. No hay fin sino tan sólo el camino que es, como diría Kafka, "eterna vacilación". No hay, tampoco, fracaso sino que un intento llevado hasta las últimas consecuencias. Para reconstruir las ruinas (lugar real, casi fantasmal, pero sobre todo, escritura precedente) hay que, fatalmente, escribir más. Así no sólo la escritura es lo que queda: hay un advenimiento del silencio y su voz, que nace de la intensidad que transparenta cada palabra rodeada de un espacio en blanco. Waldo Rojas juega, por tanto, con la máscara transparente del trazo gráfico en la página. Un texto es biografía y fábula de sí mismo, pero nace de un sujeto provisto de una hipotética vida. Todo es suposición dada desde la lectura de los poemas, desde el "hacerlos obra", intentando fijar el itinerario de una insistencia: la escritura sobre la escritura de un tiempo encarnado: "muros de sombra renacen tallados en la sombra". Al término del recorrido (la lectura), luego del ascenso "por entre las celebraciones del laurel silvestre", "sólo prestamos oído a una voz que nadie alza".

Marcelo Pellegrini